

finés, que no en juzgar si estas etiquetas fueron usadas «correctamente» según los estándares de la época. En este sentido, aunque *The pseudoscience wars* ofrece una aproximación historiográfica al problema de la demarcación científica, no propone ningún criterio de demarcación. Sin querer entrar de lleno en el debate filosófico, Gordin plantea que quienes pretendan resolver esta cuestión deberían, quizás, empezar por fijarse en cómo la comunidad científica decide qué es ciencia y qué no. Esta clase de análisis cumple con las aspiraciones historiográficas de Gordin, pero difícilmente resuelve el problema filosófico de la demarcación —problema que no busca solucionar *The pseudosciences wars*—, básicamente porque no le ve solución: mientras exista la ciencia existirá la pseudociencia derivada de los procesos de demarcación. Por este motivo, *The pseudoscience wars* cumple con los objetivos que se ha propuesto e invita a indagar en estas *guerras* antes que a buscar un criterio que, idealmente, termine con ellas. ■

Andrea Graus Ferrer

Universitat Autònoma de Barcelona

Luis Montiel. El rizoma oculto de la psicología profunda. Gustav Meyrink y Carl Gustav Jung. Madrid: Frenia; 2012, 299 p. ISBN: 978-84-695-3540-0. No venal.

En este trabajo sobre Gustav Meyrink (1868-1932) Montiel analiza las similitudes visibles entre este autor —a través de las vicisitudes de la vida psíquica de los personajes de sus cuentos y novelas— y la psicología analítica de C.G. Jung. Precisamente, uno de los objetivos de este libro es postular el valor de prueba que estas narraciones poseen respecto de la compleja construcción doctrinal de Jung, aunque sea en sede literaria y a través de las vivencias de seres de ficción.

El hilo conductor de la obra de Meyrink parece ser una implacable búsqueda —que llegó a comprometer su salud psíquica, por momentos— de esa «esencia foránea o naturaleza de trasfondo» que parece mover a los personajes de sus cuentos y novelas, y que dislocan de manera formidable el yo que tanto enorgullece a la subjetividad surgida con la modernidad. Pero no para aniquilarlo por completo, sino para dejar lugar a otro yo, íntimo, amplificado y en cierto modo trascendente, que debería estar en equilibrio con el yo inmediatamente consciente.

El libro se despliega en seis apartados, un epílogo y un apéndice. El primer apartado «Gustav Meyrink: El hombre, el escritor, el buscador de sí mismo», está orientado a dar una visión de la biografía del escritor que incluye el relato de su metamorfosis espiritual. Transformación lograda a través del peligroso camino de la magia, el ocultismo y el esoterismo —intensamente presentes en ciertas capas culturales de la sociedad europea en las primeras décadas del siglo pasado—. Un camino a cuyo fin esperaba —nos informa Montiel— «apropiarse del reino de la plenitud». Conviene aclarar —y ahí radica el interés de la obra de Meyrink para la historia de la psicología— que la verdad a la que aspiraba («...») no se sitúa en el ámbito de lo *religioso*, como el lego, engañado por las resonancias de la palabra “mística”, podría creer, sino más bien en el de la *psicología*. La otra tesis que propone el libro es que la obra narrativa de Meyrink, que durante años gozó de bastante éxito, pudo familiarizar al público con el naciente psicoanálisis.

En cuanto a la relación con el psicoanálisis freudiano, Montiel señala con agudeza que, si bien el escritor austriaco emplea una metáfora de Freud bien conocida «la investigación psicológica actual demuestra al yo que ni siquiera es señor de su propia casa», sus fundamentos son bien distintos. No comparte la estructura tripartita de la psique —Yo, Superyo y Ello— defendida por Freud en la segunda tópica, ni la prioridad dada, en la perspectiva de la salud, al primero de estos términos: «donde estuvo el Ello debe advenir el Yo», y que puede pasar como la clave de bóveda de su empeño terapéutico. Meyrink cree más bien que hay que dejar hablar al inconsciente, con lo que se aproxima, sin saberlo, a la psicología analítica de C. G. Jung.

El segundo apartado lleva por título «La primera guerra mundial como enfermedad del espíritu: *El juego de los grillos* y *La noche de Walburga*». Aquí el autor analiza el cuento y la novela que llevan esos títulos, respectivamente. En el primer caso, Meyrink propondrá una interpretación psicológica de las causas que desencadenaron la Gran Guerra, envuelta en un ropaje «ocultista» que es la forma que, para Montiel, en la totalidad de la obra y de su vida, el escritor austriaco eligió para dar a conocer sus experiencias más íntimas. En la segunda plantea la hipótesis de un «contagio psíquico», que también tendría que ver con el origen de la guerra y de la revolución bolchevique. Las metáforas empleadas en ambos relatos, que remiten al mundo del esoterismo asiático, servirían para poner de manifiesto las tendencias más destructivas del alma humana, esto es la parte oscura del yo íntimo o auténtico del que habla el escritor.

El tercer apartado, «Del ocultismo a la psicología profunda a través del sueño: Cábala, Alquimia y Arquetipos Junguianos en *El Golem*», aborda, desde el punto de vista de las preocupaciones antropológicas, por así decir, del escri-

tor austriaco, el significado de la criatura artificial —hecha de arcilla, de barro y luego animada— creada por el poder mágico de algunos rabinos, y que en la tradición cabalística recibe el nombre de Golem. No obstante, el Golem meyrinkiano no es —nos informa Montiel— «un hombre de barro animado por una palabra mágica; es más bien algo que aún no era conocido (...), pero que ya estaba presente entre sus contemporáneos en un momento de crisis espiritual e histórica». Esta presencia inadvertida, «... había comenzado a ser llamada “inconsciente” por los románticos un siglo antes; y la singular creación intelectual que Meyrink lleva a efecto en torno a su figura (...) coincide (...) con lo que años más tarde Jung denominará “proceso de individuación”». Jung mismo citará esta novela con el fin de ilustrar aspectos concretos de su doctrina psicológica. Sorprendentemente, este saber estaba ya críticamente expuesto en la Cábala, el Tarot y la Alquimia.

«Del ocultismo a la psicología profunda con los otros y en la historia: *El rostro verde*» es el título de la cuarta parte del libro. En esta novela, la segunda del escritor austriaco (1916) la «pesquisa íntima e intemporal» que daba forma al *El Golem* se convierte en peripecia ligada al acontecer histórico y estrechamente vinculada a algunas existencias ajenas. En su búsqueda, el protagonista creará encontrarse con Ahasverus, el Judío Errante, que será en la novela, ante todo, un destino, un testigo atormentado de la historia de la humanidad. Entrará en relaciones, también con doctrinas esotéricas que falsifican el núcleo vivo de lo que quieren transmitir. Finalmente, el amor hacia una mujer le permitirá completar su desarrollo. Claro que es un amor imperecedero en el que renace el protagonista.

La problemática que desarrollará a continuación el autor se desprende de enunciado que da título al quinto apartado. «El rescate de lo rechazado: el mal en *El dominico blanco*». El personaje principal del *El dominico blanco* comparte con los de las narraciones precedentes la búsqueda de una identidad propia. No es capaz de reconocer su apellido (Taubenschlag) pero sí su nombre, Christopher —portador de Cristo—, por el que se reconoce a sí mismo. Este proceso no se desarrollará siguiendo la vía abierta por la mística judía, como en *El Golem*, sino que lo hará apoyándose en la tradición oriental, específicamente en los aspectos místicos de la doctrina taoísta, (aunque no exclusivamente). Al parecer —nos dice Montiel— nuestro autor busca mostrar la ubicuidad de un anhelo que parece estar «grabado en el cuerpo» de cada individuo, procedente de la tiniebla anterior a la conciencia, y que parece estar en paralelo con la idea junguiana de la «herencia específica», aquella que recibimos no en calidad de miembro de una familia o de una etnia, sino de la especie humana. También está presente, en las primeras páginas del relato, la simbología alquímica.

En «Advertencias desde el último recodo: *El Ángel de la ventana del oeste y La casa del alquimista*», el último apartado del libro que estamos reseñando, Montiel acaba el análisis del viaje realizado por Gustav Meyrink hacia su Sí mismo, en términos de la psicología analítica.

La primera obra es la última novela que escribió el escritor austríaco, en 1927; la segunda es el título provisional de un proyecto de novela inacabado que fue publicado, junto a otros textos, por Eduard Frank bajo el título *La casa junto al último farol*, en 1973. En la primera obra citada, Meyrink se inspira en la figura del mago natural del renacimiento isabelino John Dee, quien a la inversa de los protagonistas de las novelas anteriores, no tuvo éxito en su evolución psicológica, sino todo lo contrario. El tema de la novela le permite a Montiel abordar los riesgos espirituales, no menores, afrontados por los buscadores en aquéllas obras. Como enseguida nos advierte, «la clave [del error] está en interpretar la alquimia como una operación material, y a la postre mágica, como parecen pensar los ocultistas, [en lugar de] como una tarea espiritual, y en cierto sentido, psicológica y/o religiosa, como Meyrink da a entender en el relato».

En *La casa del alquimista* Meyrink quiso dejar un último testimonio de los peligros a los que se enfrenta cualquier trabajo sobre el *anima* que no encuentre los caminos adecuados, evitando las trampas del hermetismo o el esoterismo mal entendidos. En este caso la advertencia será con respecto a los efectos negativos que pueden producir ciertas desviaciones del psicoanálisis. Aquí entra en juego la sugestión, entendida como una coacción directa que se asemeja a una violación espiritual, o algo aún peor, «inspirar a alguien un pensamiento incipiente que luego crece por sí mismo como la mala hierba (...) cuando cae en terreno abonado». Este proceso, dirá uno de los personajes, recibe el nombre de «complejo» y su descubrimiento es adjudicado a Freud. Tenerlos es un destino al que nadie puede escapar y su suelo nutricio es la tendencia a autoengañarse. No obstante, Montiel destaca que el psicoanálisis —anunciado ya en la visionaria obra del novelista— le permite ahora expresar de una manera más aceptable para la sensibilidad de sus contemporáneos lo que había descubierto a partir de sus propias experiencias y sus oscuras fuentes en los años de la guerra.

Como el autor señala en el epílogo del libro reseñado, la obra de Meyrink es de un profundo calado psicológico e impresiona tanto como su actitud general ante la vida y su manera de asumirla en la suya propia. Una vida en la que llevó a cabo un doble *opus*, literario a través de su obra y sobre sí mismo en la búsqueda de su alma, entendido el término *opus* en la perspectiva psicológica que gobierna la interpretación junguiana de la alquimia. ■

Gustavo Pis-Diez Pretti